

REAL ACADEMIA  
DE  
CÓRDOBA

COLECCIÓN  
JOSÉ MANUEL  
CAMACHO PADILLA

II

EN TORNO A LA MUJER:  
ESTUDIOS LITERARIOS

M. GAHETE  
JURADO  
Coordinador



2023

# EN TORNO A LA MUJER: ESTUDIOS LITERARIOS



MANUEL GAHETE JURADO  
Coordinador

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE  
CÓRDOBA

2023

**Manuel Gahete Jurado**  
(Coordinador)

**EN TORNO A LA MUJER:  
ESTUDIOS LITERARIOS**

**Real Academia de Córdoba**  
**Excma. Diputación Provincial de Córdoba**  
**Córdoba, 2023**

EN TORNO A LA MUJER: ESTUDIOS LITERARIOS  
(Colección *José Manuel Camacho Padilla II*)

Coordinador científico y editorial:  
*Manuel Gahete Jurado, académico numerario*

Portada: Retrato de D<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-127942-2-9  
Dep. Legal: CO 2196-2023

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

**RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA  
EN LA NARRATIVA DE PIEDAD MATAS SÁNCHEZ  
(IZNÁJAR, 1913-1996)**

**Antonio Cruz Casado**  
Académico numerario

**Resumen**

Aproximación a un tema histórico, la guerra civil en Iznájar (1936-1939), por parte de una autora local, Piedad Matas Sánchez (1913-1996), cuya obra narrativa, *Crónica de un tiempo roto* (2011), ha tenido escasa repercusión exterior, pero que supone una aportación original al tema bélico desde la perspectiva de una mujer andaluza en la que se advierte una ideología que pudiéramos considerar fascista o, al menos, burguesa. La atención que presta a los sucesos de la guerra y su repercusión en el pequeño núcleo urbano de Iznájar, con numerosas referencias a la familia y a los amigos, nos permiten también una consideración de la novelista inmersa en la reciente corriente historiográfica que se ocupa de la vida privada.

**Palabras clave:** Guerra civil española, narrativa, Piedad Matas Sánchez, Iznájar

**Abstract**

Approach to a historical topic, the civil war in Iznájar (1936-1939), by a local author, Piedad Matas Sánchez (1913-1996), whose narrative work, *Crónica de un tiempo roto* (2011), has had little impact external, but which represents an original contribution to the war theme from the perspective of an Andalusian woman in which we can see an ideology that we could consider fascist or, at least, bourgeois. The attention she pays to the events of the war and its impact on the small

urban center of Iznájar, with numerous references to family and friends, also allows us to consider the novelist immersed in the recent historiographical movement that deals with private life.

**Keywords:** Spanish Civil War, narrative, Piedad Matas Sánchez, Iznájar

¿Cuándo querrá Dios del cielo  
que la tortilla se güerva,  
que los pobres coman pan  
y los ricos coman mierda?

### 1. La guerra civil española en un pueblo cordobés: Iznájar

**H**ace varias décadas que venimos ocupándonos de la visión literaria de un importante tema histórico, la guerra civil española, que tuvo una repercusión enorme en la vida y en la trayectoria de los españoles de la primera mitad del siglo XX. Desde la perspectiva de un pueblo, el mío, Iznájar, analizamos la versión que de la misma nos ofrece el novelista Cristóbal de Castro<sup>1</sup>, en su novela corta *Mariquilla, barre, barre...* (1939).

Se trata, como decíamos en otro lugar, de una versión claramente novelesca de lo sucedido en Iznájar (lugar hipotético de la acción, puesto que en el relato no se menciona con esa designación) en la citada guerra civil: la protagonista, Mariquilla, resulta ser al final una especie de heroína popular que guía a los ejércitos franquistas, a través de un subterráneo que enlaza el río con el castillo, pero con tan mala fortuna que resulta abatida por las balas de los rojos, llamados expresamente así en la parte final de la novela.

Sus gritos de ánimo («¡Adelante camaradas! ¡Arriba España! ¡Viva Franco!») pueden interpretarse como una necesidad de justificación, por parte de Castro, de alguna otra actitud menos afín con el nuevo régimen de lo que el escritor hubiera querido, pero que exigía el mo-

---

<sup>1</sup> Véase, al respecto, Antonio Cruz Casado, «La guerra civil en Iznájar: versión novelesca de Cristóbal de Castro», en *Temas de Iznájar*, Córdoba, Diputación Provincial, 1991, pp. 67-100.

mento histórico e incluso la colección de novela corta, *La novela del sábado*, en la que está incluida la narración citada<sup>2</sup>.

Las circunstancias vitales del escritor, la necesidad de producir una literatura alimenticia, como ahora se dice, son imponderables que hay que tener en cuenta en el momento de juzgar una creación literaria tendenciosa, como la novelita de Mariquilla, muy cercana a la estética fascista o inmersa dentro de la misma. En el momento histórico en que aparece *Mariquilla, barre, barre...*, 1939, el Año de la Victoria, como se indica en el impreso, sólo había dos opciones para cualquier escritor: el duro exilio, por el que se decidieron muchos creadores (Antonio Machado, Rafael Alberti, Luis Cernuda), o la colaboración más o menos explícita con el régimen imperante, opción seguida por intelectuales igualmente valiosos (Manuel Machado, Dámaso Alonso, Gerardo Diego). Don Cristóbal eligió también la segunda.

Desde nuestra perspectiva actual, no le echamos en cara su elección, sino que intentamos situarla en el contexto vital de la época, en el difícil momento histórico en que le tocó vivir. Por otra parte, la narración figura entre las últimas producciones literarias de su autor, en un momento en que Castro, cercano a la vejez (rondaba ya los 65 años), tendría sus facultades creativas un tanto mermadas, como se comprueba al consultar su bibliografía. A partir de entonces, la labor del polígrafo iznajeño se inclina más hacia lo periodístico que hacia lo literario o a la recopilación de textos, en formato de libro, artículos que habían aparecido previamente en publicaciones diversas. *Mariquilla* puede considerarse desde esta perspectiva el lamentable canto de cisne de un escritor que tiene que adaptarse a una situación histórica y vital nueva.

## 2. Piedad Matas, una mujer andaluza enamorada de la literatura

Los datos biográficos que poseemos acerca de la escritora iznajeña Piedad Matas no son muchos y además proceden de muy pocas fuentes: una breve nota epilodal de su hija, Carmen Galeote Matas, en el libro de su madre *Crónica de un tiempo roto* (2011) y las noticias que

---

<sup>2</sup> Cfr. Antonio Cruz Casado, «*Mariquilla, barre, barre...* (1939), de Cristóbal de Castro, en el contexto de *La novela del sábado*», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 163, enero-diciembre, 2014, pp. 201-205.

sobre sí misma nos transmite la autora en este volumen, prácticamente la única obra editada de Piedad, texto aparecido, desgraciadamente, cuando ya la autora hacía más de una década que había fallecido.

Piedad Matas Sánchez había nacido en Iznájar<sup>3</sup>, el día 18 de marzo de 1913, en una amplia casa campesina, propiedad de una familia adinerada, con posibles, como se decía en aquel tiempo.

La casa –escribe Carmen– ya no existe pues fue derrumbada por un heredero. En una familia bien situada, para aquellos tiempos. Era una gran casa blanqueada por fuera y por dentro, con sus grandes patios sus cuadras, establos, granjas, porquerizas, bodegas y los típicos graneros.

Su padre Zacarías y su madre María desearon tener doce hijos y se quedaron en once; Zacarías, María, Alberto, Rafael, Isabel, Piedad, Ana, Pepe, Marciana, Cristóbal y Cruz. Vivían del trabajo de las tierras y la ganadería. (p. 279)

Su formación fue por completo autodidacta, al igual que la de sus hermanos, porque en aquellos años iniciales de principios del siglo XX no se consideraba necesaria una gran preparación escolar, sobre todo si se había nacido mujer y en un medio plenamente rural como el que nos presenta la futura escritora.

Así recuerda Piedad sus años escolares y su formación en el seno de la familia:

A pesar de los múltiples quehaceres que nos imponían, nos sobraban todavía muchas horas para travesear. No teníamos que asistir al colegio. Los deberes de enseñanza nos robaban apenas unas horas. Los varones tenían un maestro a domicilio, que los preparaba para no ser unos analfabetos, enseñándoles a leer, a escribir, y las cuatro reglas. A nosotras, las niñas, nos enseñaba una profesora especial «nuestra madre» que nos hacía leer el *Catón* correctamente y nos en-

---

<sup>3</sup> En la contraportada del libro se nos indica que vino al mundo en la aldea iznajeña de Valenzuela y Llanadas, en tanto que Carmen Galeote nos dice que fue en el Cortijo El Chaparral, en las inmediaciones del pueblo, en lo que quizás no haya contradicción alguna porque el citado cortijo pertenecería a la actual aldea, que se encuentra a medio camino entre Iznájar y Salinas, camino de Málaga.

señaba el abecedario y escribir sin garabatos. Después nos abandonaba a nuestra suerte para comenzar con otra tanda. (pp. 16-17)

Carmen habla también de ese maestro ambulante que pasaba periódicamente por el cortijo, como solía hacerse con frecuencia en aquel contexto campesino: «Piedad se destacó por sus inquietudes literarias desde pequeña. Un maestro ambulante venía regularmente a casa para enseñar a los niños a leer y escribir. Ella era la más aplicada. Todo lo que caía en sus manos como escritura, lo devoraba» (p. 280).

De esta forma, lo que sabemos de la formación y escritos iniciales de Piedad, lo debemos al testimonio de la hija, que nos ofrece un panorama penoso para el desarrollo de una mujer campesina, muy aficionada a la lectura y que se había interesado en la creación literaria, una rara actividad que la familia, especialmente el padre, consideraba inadecuada e incluso nociva. Así nos lo transmite la hija:

De pequeña, se escondía en los graneros para escribir por miedo que sus hermanos se burlaran de sus pretensiones. Con trece años escribió *Historia de un crucifijo* que fue devorado por las llamas de la chimenea de su casa, después que su padre sin leerlo, le dijera que eso eran bobadas y que tenía que aplicarse en otros trabajos útiles. Continuó escribiendo a escondidas y a los 17 años terminó *El juramento de Dora*.

La mayor parte de sus escritos se han perdido como paso con *Fuensanta*, que quedó tercera, en un premio literario de novela narrativa en Barcelona.

En 1997, póstumamente, en su pueblo se le publicó un pequeño libro: *La feria de antaño*, en la cual detalla con gracia y salero andaluz como era la feria de Iznájar antiguamente, que lo tenía escrito hacía tiempo. Es de lamentar que ella no pudo asistir al homenaje que le brindó el ayuntamiento de su pueblo, ya que Piedad falleció el 26 de julio de 1996. (p. 280)

El hecho es que lo que nos queda de la actividad creativa de Piedad Matas se limita prácticamente a este libro, *Crónica de un tiempo roto*, a cuya composición se dedicó con intensidad durante varios años, cinco al parecer, posiblemente en la etapa final de su vida, o al menos en

su madurez, aunque el texto es parco en noticias de la redacción del mismo, limitándose a presentarnos los años previos a la guerra civil, luego la contienda vista desde un pequeño núcleo de población cordobesa, Iznájar, donde también tenían casa y a la que se trasladan cuando empieza el conflicto, finalizando con la etapa de la amarga posguerra, abarcando quizás hasta los años sesenta del siglo pasado.

Desgraciadamente, esta mujer admirable, –escribe Carmen Galeote– no fue a escuelas ni universidades, para poder desarrollar mejor su talento, aunque eso no le impidió progresar en la escritura, y avanzar con su tiempo, a título personal. Por eso tiene más mérito. Creo que merece la pena echarle un vistazo a esta obra última *Crónica de un tiempo roto* (titulada, en principio, *Tiempos para recordar*) que le costó cinco años de su vida para dejarnos un testimonio de un pequeño pueblo de una Andalucía en una España dividida en dos partidos, en dos clanes, en dos pensamientos, en dos clases sociales. Desde que terminó su manuscrito, luchó para publicarlo sin conseguirlo. (p. 281)

Esa falta de ayuda es también un tema que la autora desarrolla en las primeras páginas de la obra, al mismo tiempo que señala la intención de objetividad que le guía al componer su narración:

Siento pena al no poder aludir a alguna persona que me haya ayudado en mi tarea. Nadie me animó, ni me facilitó datos, ni me dio ideas ni se interesó por mis inquietudes. Esta decepción me la recompensa con creces el orgullo de ser yo exclusivamente la autora responsable, de lo bueno y lo malo que encierren estas líneas.

Han sido años de lectura, investigación en mis recuerdos, de duro trabajo, pero al fin terminé lo que quería dejar plasmado en unas páginas y me siento, descansada, relajada y entusiasta. No sé si habré conseguido todo lo que me propuse, pero yo lo he intentado con el corazón puesto en cada párrafo, en cada palabra, en cada sílaba, aunque también, cómo no, con alternantes momentos de zozobra que ponía en peligro mi actividad.

Me he esforzado en ser imparcial<sup>4</sup> en el concepto de ideologías, aunque para ello haya tenido que restringirme en las mías propias, pero de lo que sí puede estar seguro el lector, es que en todo momento procuré que la balanza no se inclinara a ninguna de las dos partes. Si en algún momento lo pareciera, la tendencia es de los propios hechos. (p. 10)

Claro que la escritora se sobrepone a las diversas adversidades que le sobrevienen a lo largo de su vida, en tanto que encuentra un fuerte lenitivo en la escritura de textos:

Mis actividades literarias (si no es un indecencia llamarlas así) las había tenido abandonadas todo aquel tiempo (se refiere a la etapa de la guerra y la posguerra) y no encontraba la manera de reanudarlas; por fin me decidí y comprobé con gran satisfacción que las ideas me fluían pródigas en su contenido.

Vaciar tinteros era mi meta perseguida. Cuando trabajaba el mundo tomaba las dimensiones de la cuartilla que tenía delante, por muchas horas que lo hiciera, nunca me cansaba moralmente y aunque me doliese la espalda y tuviera dificultad para moverme en los descansos, jamás me quejaba de mi estado físico. Llegaban momentos que me costaba concentrarme y me veía obligada a descansar, hasta que mejoraba mi capacidad mental.

Mi familia no se interesaba por mi afición, pero yo era feliz por haber recuperado la salud y poder ocupar parte del tiempo en lo que verdaderamente me apetecía. (pp. 261-262)

La personalidad soñadora, romántica, de la autora en sus años de formación es un dato que nos parece relevante y al que ella dedica su atención en varios momentos del relato, reforzada por la evocación del lugar, El Chaparral, donde pasó los años iniciales de su vida, marcados por el contacto directo y cotidiano con la naturaleza, la presencia de todo un complejo de animales en el entorno y los juegos infantiles con sus hermanos:

---

<sup>4</sup> En el texto original y en la edición se indica: *parcial*, lo que nos parece incorrecto según el sentido de la frase; de ahí nuestra corrección.

Corríamos hacia el garrotal o las encinas. Estas nos encantaban para nuestros juegos. Mis padres contaban que antiguamente aquellas tierras estaban pobladas de encinas, pero las habían roturado y adaptado a la labor agrícola. Dado la excelente calidad de aquel terreno, era lástima no utilizarlas en mayor provecho del hombre. Por lo cual quedaban solo unas cuantas. ¡Qué bien se estaba bajo aquellos hermosos árboles, en verano! Su frondosidad era tal, que detenía los rayos solares, manteniendo la tierra agradablemente fresca y acogedora.

Su copa redonda se entreabría a pocos metros del suelo, como si quisiera abrazar a los visitantes. Para rodear el inmenso tronco, todos los chiquillos nos poníamos a su alrededor enlazándonos las manos, las caras pegadas a la rugosa y áspera corteza. Estas encinas eran centenarias por lo que sus gruesos troncos, lejos de estar macizos, estaban huecos, corroídos por el paso del tiempo. El agujero que se abría entre las cruces se prestaba a nuestros juegos como anillo al dedo.

Allí escondíamos nuestros utensilios secretos; uno de los más fuertes, se tiraba dentro y luego subía arañando las paredes con las manos y los pies. A veces metíamos tantas cosas, que de vez en cuando había que limpiar y desalojar un poco, pero incluso esto era para nosotros motivo de esparcimiento.

Hacíamos columpios, atando cuerdas a las ramas más tendidas. En ocasiones, de estos juegos salíamos lastimados. Pero nunca llorábamos, tampoco nos condolíamos ante los mayores. Nos curábamos solos y hacíamos un esfuerzo inaudito por aparentar normalidad. (p. 19)

En la etapa de la adolescencia, esa tendencia al ensueño, al sentimiento romántico de las cosas se acentúa, como ella misma se encarga de hacernos ver:

El romanticismo de la época (se refiere a la adolescencia) se adueñó de mí, y no hacía nada más que soñar y soñar. Me absorbía en las cosas bellas de mi entorno sin tener en cuenta para nada aquellas otras que me podían hacer daño sacándome de mi idílico estado.

Cuando por las noches silenciosas, refugiada, escuchaba los murmullos de un mundo que parecía edificarse bajo unas formas diferentes. Cuando en la estremecedora y misteriosa oscuridad de las noches sin luna, que parecía que unas manos invisibles tendieran un manto de negro luto sobre la tierra, echada de codos sobre el alfeizar de la ventana de mi casa campera, por la parte posterior y más alejada del bullicio familiar, me entregaba a gozar por entero de aquellas delicias terrenales. Aquella conmovedora quietud, hacía más perceptible los ruidos nocturnos.

En la charca de mi tía Alfonsa, las ranas croaban sin cesar. Ese estanque había sido para mí algo emocionante y sobrecogedor, por la cantidad de animalejos acuáticos que pululaban por sus cenagosas aguas; culebras, salamandras, renacuajos, con sus padres incluidos y otras especies. También cruzaban sus sucias aguas, a falta de otras más idóneas, preciosos patos de plumaje colorido y lustroso con patitas rojas y amarillas, de dos palmípedos y pico grande y redondo.

Cuando era más pequeña me encantaba observar sus graciosos movimientos, deslizándose con tanto primor y vivacidad por la superficie del agua, sumergiendo el pico con frecuencia para cazar renacuajos, de los miles que culebreaban formando grandes bancos por los rincones de la pequeña laguna. Pero a mí, lo que de verdad me ensimismaba por entonces era ponerle imaginación a aquellas noches sonoras de ranas y grillos, de autillos y lechuzas que miraban con ojos grandes, redondos y destelleantes en la tenue claridad de la noche.

«¿Qué pensará de mí el mochuelo cuando me mira así tan fijamente?», me preguntaba. (pp. 32-33)

### **3. El relato de los años difíciles: la época de la República y la guerra civil**

Pero he aquí que todo aquel mundo idílico, el *locus amoenus* de la infancia y la primera juventud, empieza a ser sacudido por los conflictos históricos que se producen en la capital y en otros lugares más poblados. La joven Piedad, con una edad que oscilaría entre los 18 y los 20 años, empieza a comprender que su mundo está amenazado por la violencia que corre aneja a determinadas corrientes históricas, en un

universo en el que solo decidían hombres, y que todo puede venirse abajo.

Al pueblo llegan noticias de sucesos terribles que van a desembocar en la guerra:

Por la calle se respiraba un ambiente cargado de ansiedad, de regocijo y temor a un mismo tiempo. Las fotografías de los dos Capitanes malogrados se vendían por doquier y muchas mujeres las llevaban en medallones pendientes del cuello o prendidas con alfileres en el pecho, sobre todo las muchachas de familias de izquierdistas, cantaban coplas populares que aludían a los últimos acontecimientos.

Yo de buen grado hubiese participado en aquellas novedades, pero un día que mi madre me oyó cantar:

«...Pajarillos cantar en las tumbas de García Hernández y Gabriel Galán<sup>5</sup>. Sus semillas han sido fecundas pues los dos murieron por la libertad, y de flor en flor...<sup>6</sup>».

Hasta aquí pude llegar, mi madre llegó como un basilisco y prohibió terminantemente seguir cantando.

«¿Por qué?» —le pregunté.

«Porque sí».

«Habrà alguna razón» —insistí.

Por toda respuesta me dijo:

«Deja esas cosas para los demás».

«¿Quién son los demás?».

«Los demás son... eso, los otros».

---

<sup>5</sup> Hay aquí un error, que no corregimos, puesto que en realidad se trata de los conocidos militares republicanos José María García Hernández y Fermín Galán Rodríguez, sublevados en Jaca y ejecutados, en 1930; Gabriel Galán puede ser una interferencia memorística de la autora acerca del escritor José María Gabriel y Galán, muy reconocido en la época franquista.

<sup>6</sup> Aunque en la edición el texto aparece todo seguido, cosa que hemos respetado, hay que tener en cuenta que se trata de una canción y que está compuesta de versos.

No había manera de arrancarle otra cosa, pero yo sabía bien a quién se refería. Se estaba refiriendo a la «chusma». (pp. 37-38)

Cuando estalla la guerra se ven obligados a marcharse al pueblo, dejando en el campo solo a los hombres que pudieran defender aquellas propiedades. La autora justifica este abandono del cortijo:

Éramos del sector burgués y nuestro peligro estaba claro. Quiero decir que nuestros temores derivaban de los «rojos». Nunca me he podido explicar por qué les llamaban a unos rojos y a otros nacionales. ¿Acaso los rojos no eran también de esta nación?

Mi padre nos ordenó marcharnos al pueblo, donde teníamos casa. Mi madre se negaba, lloraba y suplicaba, alegando que deseaba tener la misma suerte que él y sus hijos mayores, que también se quedarían en el campo, para defender los intereses familiares, si llegaba el caso.

Pepe-Luís, el pequeño, vociferó y pataleó por quedarse con los hombres, diciendo que él también lo era, pero mi padre lo obligó a acompañarnos, aludiendo que las mujeres necesitaban a alguien que las protegiera en caso de emergencia y quién mejor que él. Palabras que mi madre le agradeció en el alma, pues así el chico se fue más conforme sintiéndose útil.

Alquilamos un camión. Colgamos varios jamones, alguna ropa. Mi hermanillo se llevó las bestias, cargadas de utensilios y víveres, al mismo tiempo se quedarían en el pueblo con nosotros ya que por entonces y en mucho tiempo no trabajarían en las tierras.

Nos subimos al camión como pudimos, pues había poco espacio. El temor de encontrarnos al enemigo en cualquier curva de la carretera nos amedrantaba, pero llegamos sin problemas. Mis tíos nos esperaban y sugirieron que nos instaláramos en su casa, pues así compartiríamos el miedo, y los tragos amargos serían más llevaderos. Ellos eran afortunados económicamente. Tenían una mansión muy confortable y solo dos hijos, un varón y una hembra.

Llevábamos una hora allí, cuando apareció mi hermano con los animales. Los acomodó en las cuadras, después de descargar los sacos de pienso y otros enseres. Mi madre descansó al verlo, ya que estaba sufriendo por él, y sin lugar a dudas nosotras también. (pp. 43-44)

Del frente llegan noticias terribles, tanto en lo que se refiere a los ataques que sufren los inexpertos soldados como respecto a la escasa y mala alimentación que consiguen para subsistir. Es lo que constatamos en una carta que el hermano Francisco Rafael envía a la familia y que releen varias veces:

    Mi hermano tenía una letra ilegible y por eso mi madre me pidió que la leyera. La leí gustosa porque traía cosas muy interesantes.

    «Llevamos cuarenta y ocho horas inactivos. Estar tranquilos por mí que en este momento estamos bien asistidos, no nos falta comida ni abrigo. Como no tengo nada que hacer voy a contaros lo que comíamos en el frente de Extremadura.

    Que no lea la carta Ana-Rosa porque vomitará. Matábamos los lagartos, los abríamos de arriba abajo y los asábamos. Estaban muy desabridos sin sal, pero un día entramos en una casa abandonada y encontramos sal y nos llevamos una talega llena como si fuera un tesoro. Suerte que allí en el frente corrían lagartos en abundancia. Una vez que alguien nos dió un poco de harina y en la palangana del capitán hicimos gachas; todo el día hubo cachondeo de lo bien que habíamos comido. El capitán, el alférez, el sargento y todos se chupaban los dedos con las gachas. Creçimos que sería nuestro último banquete pero no fue así. Nuestra buena estrella quiso que por allí cayera una cabra extraviada. El animal daba unas carreras y unos berridos de espanto, parecía que barruntaba el lugar donde había caído y lo que le esperaba. Los soldados empezamos a saltar y a gritar de contentos como los caníbales alrededor de su presa.

    Pronto cayó un montón de tíos encima de la cabra y no sé cómo pudo estar tan rápidamente despedazada encima de una fogata de leños y en unos minutos con pelos y todo dentro de nuestros estómagos, y os puedo asegurar que no he comido ni comeré manjar más rico en toda mi vida».

    Antoñita se reía pero mi hermana, Ana-Rosa, que estaba muy atareada sacando una muestra de ganchillo, se fue para el patio dando arcadas. Decía que sentía cosquilleo en la garganta pensando en los pelos churrascados de la cabra y que los lagartos la tenían sin comer

desde que llegó ese correo. Mi madre como siempre se le llenaron los ojos de lágrimas y se puso a decir las mismas cosas:

«!Pobrecitos míos, qué mal lo están pasando , y no poderles ayudar, Dios mío, qué desesperación tan grande!».

Las cartas se releían treinta veces antes de que llegara la siguiente, así parecía que nos acercábamos más a ellos. (pp. 110-111)

No podemos seguir en estas páginas el curso detallado de la guerra en Iznájar, según la narración de la escritora, relato que habría que contrastar en algunas ocasiones con las memorias<sup>7</sup> de un militar que participó efectivamente en la contienda y estuvo al tanto de las operaciones llevadas a cabo en esta misma zona, el teniente Carlos Galindo Casellas, que en el relato de Piedad aparece designado como el teniente Garrido<sup>8</sup>.

Pero Piedad no tiene una visión global de los hechos que están sucediendo en los contornos, sino que ella nos transmite lo que ve en la población, los asaltos, los muertos, las acciones de guerra, los personajes locales implicados en la contienda, sobre todo, los familiares y los amigos, todo ello marcado por una constante congoja, una preocupación extrema, que hace que los personajes que nos presenta estén constantemente entristecidos, angustiados y expectantes ante unos sucesos que les parecían incomprensibles e inexorables.

#### 4. Cuadros tremendistas de la época del hambre

La etapa de preguerra y conflicto bélico ocupan en *Crónica de un tiempo roto* los ocho primeros capítulos, adentrándose ya en los finales en sucesos que tuvieron lugar en el límite del conflicto bélico y la etapa siguiente de hambre y miseria que afectó prácticamente a todas

---

<sup>7</sup> Estas curiosas memorias se encuentran alojadas en el blog del historiador lucentino Arcángel Bedmar, al que se debe también una semblanza sobre el personaje.

<sup>8</sup> «Los fascistas recorriendo el pueblo con las armas a cuestas o saliendo a dar alguna batida por aldeas y pueblecitos colindantes al mando del teniente Garrido y un cabo de la guardia civil y de algunos galoncillos más que les habían sido designados a varios falangistas. A veces entraban muy ufanos ondeando las banderas nacional y de falange, roja y negra, con las cinco flechas bordadas en el centro por nosotras con primor y entusiasmo» (p. 67).

las clases sociales. Pero los que verdaderamente sufren las consecuencias son los pobres, los que se ven deambular extenuados por las calles del pueblo, caminando sin rumbo, sin nada que llevarse a la boca.

Hay cuadros de un marcado realismo, lindante con el tremendismo, que nos han resultado muy duros, especialmente conmovedores. He aquí un fragmento acerca de los niños que se ven afectados por las plagas de piojos y otros parásitos humanos:

De todas las desgracias de la postguerra, la más ultrajante, vergonzosa y molesta fue sin duda la de los parásitos. Ni siquiera en el descanso de las noches, cuando los sentidos se adormecen queriendo escapar a toda realidad, lograba alcanzar un relajamiento, al menos parcial.

Al principio se cogió con cierto recato. Mientras no se tenía la certeza que el vecino padecía del mismo mal, se guardaba en secreto, lo que hubiera sido en tiempos normales algo bochornoso.

Los que pagaron más cara la «patente» fueron los marginados. No es fácil describir hasta qué punto estas personas se vieron afectadas a causa de la cruenta guerra padecida, que nos regalaba como premio final sus secuelas.

Cuando las vergüenzas pasaron, para dar rienda suelta a la clara y honesta verdad, hablar de piojos era lo más natural del mundo. En la periferia del pueblo donde abundaban las casas baratas y cuevas, sus gentes ya no se aburrían. Entretenían su tiempo y su hambre espulgándose. Verdaderos cordones humanos sentados al sol, para calentar sus pasmados y desmirriados cuerpos, era curioso contemplar con la maña y ardid que se lo montaban. Por asiento, el suelo terroso de la mísera calle. Se sentaban entre las piernas unos dentro otros de mayor a menor, el último era siempre el chiquitín que aún no tenía manos para despiojar. Empezaban la tarea; de unos a otros se iban abriendo el cabello y sacando los bichos que espachurraban entre las uñas de los dedos pulgar e índice. Como eran muchos a un tiempo, al aplastarlos, los chasquidos eran apreciables a los transeuntes. Triste y repelente música. Pero lo era más aún los famélicos niños que a las puertas de las cuevas se metían los deditos por las mugrientas cami-

setas y por el pelito para cazar los piojos más gordos y lentamente llevárselos a la boca y paliar así la falta de pan.

Así se pasaban las horas muertas. Nunca he podido olvidar aquellas escenas, ni la tristeza de aquellos ojos, única cosa visible en medio de aquel monton de churretes. (pp. 140-141)

## 5. Reflexión final

Al tratarse de una escritora prácticamente desconocida, ausente de los estudios que hemos consultado al respecto, nos parece necesario insistir en la necesidad de propiciar más acercamientos a la obra y a la personalidad de Piedad Matas Sánchez, e incluso conectarla con otras autoras españolas y corrientes narrativas vigentes en la segunda mitad del siglo XX, momento en el que parece que la iznajeña desarrolla su creación literaria.

De este modo, quizás podría tener resultado conectarla con el existencialismo narrativo de los años 50, en el que se incluyen autoras como Rosa Chacel, Dolores Medio, Elena Soriano, entre otras, sobre las que existe una interesante tesis<sup>9</sup>, y también podríamos relacionarla con alguna narración anterior sobre la guerra civil española, escrita por una mujer. En este sentido, y no olvidemos que Piedad era una buena lectora, podríamos examinar el libro de Concha Espina, *Retaguardia*, sobre la guerra civil española, del que existe una edición cordobesa<sup>10</sup>, de 1937.

Lo que nos parece fuera de toda duda es que esta autora y este libro transmiten vivencias reales, a veces algo deformadas por la visión literaria, sobre un periodo de nuestra historia especialmente conflictivo y lleno amargura, del que la escritora se erige en testigo singular y nos comunica sus dolorosas vivencias.

---

<sup>9</sup> Begoña Aldama Juárez, *La narrativa existencialista de las autoras españolas en la década de 1950*, Alicante, Universidad, 2023; consultable on line.

<sup>10</sup> Concha Espina, *Retaguardia. (Imágenes de vivos y de muertos). Novela de estricta realidad histórica en sus episodios más culminantes*, pról. Víctor de la Serna, Córdoba, Editorial Nueva España, 1937, 3ª ed.

Si las instituciones en general se ocupan poco por la difusión de la literatura canónica, reservada casi exclusivamente a los nombres masculinos, es todavía muy largo y proceloso el camino por recorrer para situar en este mismo plano la literatura escrita por mujeres. Cualquier esfuerzo en este sentido siempre será tan justo como necesario. Este es el principal objetivo de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba al compilar esta edición acerca de algunas de las muchas mujeres que fueron obliteradas en el orden canónico; mujeres de singular relevancia cuya reivindicación es inexcusable; mujeres que merecida y paulatinamente van ocupando los lugares que les corresponden en todos los ámbitos de la sociedad y la vida.

Manuel Gahete Jurado  
Coordinador

